

La sabiduría nueva

Palau i Fabre, Josep: *La claredat d'Heràclit*. Ed. Oriol Ponsatí-Murlà, Accent Editorial, 1ª edició, 2007.

Para la profesora Montserrat Niubó, por lo perspicaz de su inteligencia y lo infinito de su ternura

Muchos son los motivos que obligan reseñar este libro, aunque sea de una forma tan humilde como la que se desarrolla a continuación. En primer lugar, se trata de una obra póstuma, que vio su publicación definitiva pocos meses o, incluso, semanas después de la muerte de su autor. Bien merece, por tanto, una menuda elegía. Al mismo tiempo, es un trabajo novedoso dentro de la extensa labor de Palau, notabilísimo prosista y gran poeta en lengua catalana, reconocido además con indiscutible reputación por dilucidar, merced a lo mejor de su crítica, el genial trabajo y la milagrosa vida de uno de los más extraordinarios pintores que ha dado este país, por lo demás, fecundo en ellos: Picasso. Con semejantes antecedentes este pequeño tratado filosófico destaca con una aureola de singularidad y rareza digna de ser consignada. Si no bastara con todo ello, sobraría para justificar estas páginas el ingente número de sugerencias, observaciones felices e inteligentes, el vigoroso estilo y el afable acento que embarga al texto en su conjunto.

(Quien esto pergeña quisiera poder afirmar también en voz alta que nos hallamos ante una nueva aportación de la filosofía catalana. No es posible empero porque esa modalidad de pensamiento es casi inexistente, y el volumen que reseña se escribió originalmente en *francés*. Sin embargo, la curiosidad del lector no debiera retroceder ante estos obstáculos, por otro lado, insignificantes)

La claredat d'Heràclit (*La claridad de Heráclito*) inspira pocas objeciones, de mínima entidad. No se trata de una investigación hermenéutica, mas tampoco lo pretendía su creador. La exposición está limpia de incómodas referencias a otros autores, excepción hecha de Voilquin, comentarista galo que tradujo al francés las doctrinas anteriores a Sócrates y cuya obra tomó el escritor catalán por referencia y origen de la suya, para beneficio de una redacción espontánea, al hilo de la libre inspiración. No aparecen arduas investigaciones conducentes a demostrar la falsa autoría de algunos pasajes, obsesión propia de otros estudiosos, salvo alguna aislada alusión, justificable, por lo general, en la difícil relación del fragmento con los demás. Asimismo confiesa Palau, con la decencia y el pundonor propios de un gran intelectual, su evidente desconocimiento del mundo clásico (a pesar de que, según sus palabras, Zubiri se contaba entre sus maestros y amigos), sus renovados esfuerzos para aprender, de nuevo, la lengua helénica y afrontar mejor la compleja sabiduría que destilan las sentencias de Heráclito. Pero eso no merece ninguna objeción, pues la obra se estructura a la manera de moderna y original entrevista, compitiendo al comentarista la formulación de preguntas que tienen por respuesta las pocas palabras que nos quedan del griego. Inusual innovación si se quiere, mas

en absoluto incompatible con la filosofía heracliteana, la cual pudo originarse oralmente, según la autorizada opinión de Diels, Kirk y Raven.

El escritor catalán rastreó, de un modo al fin infructuoso, el sistema filosófico que podía ordenar las doctrinas del pensador efesio, labor ingente y abocada de antemano al fracaso, aunque está justificada, por otro lado, en el poderoso afán sintetizador, en la búsqueda agónica de la unidad, tan característicos de la cultura filosófica que se gestó en la Hélade. Le movía a ello también la ordenación de los breves pasajes que nos quedan de la sabiduría presocrática, establecida por Diels y asumida sin reserva alguna por Voilquin; no obstante, tal estructuración obligaba al autor que reseño a dotar al conjunto de un sentido demasiadas veces lábil o ambiguo, que une de antemano y con grandes dificultades ideas opuestas o impertinentes. Al mismo tiempo, creyó ver sospechosas analogías entre la religión cristiana y la civilización griega (tilda a las dos de vasos comunicantes), paralelismo que supuso reforzado por la constatación de una personalidad religiosa en el filósofo de Éfeso; lo que quizás sean, en suma, los aspectos teóricos más insostenibles de la obra.

Sin embargo... son tantos sus aciertos. Ya en el principio de la exposición se nos pone de manifiesto la singular extrañeza que aureola la figura del contemplador, el inconformismo del que hace gala, la consecuente soledad y el rechazo a la comunidad (y de ésta hacia aquél) en la que vive. La tesis refleja, si bien desde la natural lejanía que impone la objetividad, siniestros colores, evoca el ademán quijotesco, el obstinado aislamiento, consecuencia directa del recelo, la desconfianza y la manifiesta burla de sus contemporáneos, que suele acompañar a quien se encumbra en las altitudes imposibles de la especulación. La fe en el logos, el cual participa a la vez de la legalidad que sojuzga al orbe y de los imperativos racionales que hacen de la persona lo que es, alienta ese orgullo señero y poco dado a las concesiones. No resulta complicado demostrar un prurito vehemente en el griego, un espíritu aristocrático y soberbio que le obligaba a sobrepujar a lo demás, acaso a la humanidad, máxime si tenemos en cuenta sus temibles admoniciones ante los excesos que las prácticas de algunas creencias religiosas perpetran en la paz social o en el bienestar de los ciudadanos.

Poco a poco se va deshilvanando el intrincado laberinto heracliteano, cuyos múltiples corredores abarcan la cosmología, la metafísica o el discurso moral, sin perder nunca de vista su inveterada preocupación por la naturaleza (afín a la de otras doctrinas presocráticas) o su interés por los humanos asuntos. Nada cabe decir de las aportaciones del helénico a nuestra concepción científica del universo, sin duda porque las modernas teorías del cosmos no han hecho más que refutarlas. Tampoco interesaba a Palau, como sí ha sucedido a otros comentaristas, una extemporánea reivindicación del genio científico del filósofo. Mejor quiere reconocer su profunda y metafísica intuición de la verdadera naturaleza del mundo, que se concreta en la mutación y la beligerancia abarcándolo todo, incluso la misma condición humana, que se diría inmutable a pesar del devenir secular.

No cabe en este instante sino reconocer el profundo acierto del escritor catalán, quien logró con probada maestría dotar de plena actualidad unos pensamientos de los que nos separan milenios. Es cierto que *La claredat d'Heràclit*

tuvo su origen poco después de la Segunda Guerra Mundial, quizá la peor crisis que haya conocido Occidente. Sin embargo, o, precisamente por ello, su vigencia perdura hoy, cuando nos hallamos inmersos en una terrible quiebra económica, de severa desconfianza hacia el orden establecido. Ardua mas ociosa tarea sería tratar de demostrar aquí que asoló al siglo del efesio una conmoción análoga a la nuestra; una labor inexistente, por otro lado, en la obra que comento. No, el paralelismo que pudiera darse entre los tiempos del presocrático y la era en la que vivimos responde más bien a la genial intuición que tuvo aquél de lo que respecta a la última realidad de las cosas.

Sin que se pueda deducir, en estricta lógica, del texto que reseño, sin que su autor pusiera especial relevancia en ello, no obstante, lo cierto es que en el mismo translucen los temibles destellos de una verdad que huye de la concreción. La visión brutal, salvaje, que del universo tenía el pensador helénico, la omnipotencia absoluta que otorgaba al cambio, parece fundarse mejor en la superioridad que tiene la muerte sobre la vida, en cuanto transformación con extremo radical. No resultaría complicado justificar esta afirmación apelando al indudable peso que tuvo, en la Antigua Grecia, la cultura egipcia, perceptible no ya en el saber filosófico sino asimismo en la poesía o en la tragedia. Es preferible evitar algo así. Las distintas máscaras con las que el ser humano ha ido desfigurando, con el transcurrir de la historia, el aspecto que tiene para sí el fin de su existencia, las perniciosas ilusiones que el fanatismo o una especulación elevada en exceso han hecho girar en torno a la hora suprema, logran que esta última se perciba, en el hombre de nuestros días, con distinto color al de los inicios de nuestra civilización.

Sin embargo, la vulgaridad, lo poco extraordinario que hay en el fenómeno de lo mortal, tan evidente y común como el de la vida, proporciona un conocimiento que también adquirió Heráclito y, de inversa forma, las reflexiones de aquél bien pueden servir para nosotros. Al introducir en la difícil maquinaria cósmica el salto diferencial que supone el cese del vivir lograba entrever la perfección de la naturaleza, que perdura merced a la sucesión de sus elementos integrantes, situando a la vez en dicho cese el límite insuperable que se ha de imponer a la aparentemente todopoderosa autoridad de la razón y a la falsa invulnerabilidad que concibe de sí mismo el ser vivo. Si cabe una posible superación de ese término, una supervivencia más allá de los espectáculos terrenales, sólo se logrará con la apropiación que haga el pensamiento de las verdades que sustentan al mundo o con el recuerdo imborrable que dejarán las gestas de los héroes en la posteridad. El cosmos heracliteano es, por tanto, el asombroso relato de las aventuras que corren la sabiduría y el coraje, gobernados ambos por la terrible ley del transcurso y de la beligerancia.

La grandeza de los hallazgos metafóricos en el presocrático fue reconocida con justa brillantez por el escritor catalán, quien, con sus acertadas explicaciones, las realza hasta extremos casi insuperables. El brillo, la gracia que se llega a percibir en el juego de imágenes que une a la idea de mortalidad con el sexo o el sueño, y en contraposición, la vigilia con el cotidiano existir, carecen de parangón y, por otro lado, pueden preludiar nuevas incursiones hermenéuticas, las cuales podrían demostrar que la superioridad de un autor se basa en la imposibilidad de clausurar

en un único discurso la magnitud de su labor. Antes al contrario: sus textos siempre darán pie a un ingente número de comentarios y dilucidaciones. Valdría la pena llevar a cabo, al hilo de esta última idea, una filosofía que parta del magnífico paralelismo, que apuntó el filósofo griego y destacaba su comentarador, entre lo sexual y lo mortal, puesto que, a pesar de que asemejan los extremos de nuestro propio ser, en tanto que se lo debemos al primero mientras que nos lo arrebató el segundo, son muchas las semejanzas que empero hay entre los dos. La analogía, por otro lado, dista bastante de ser original; su presencia en la cultura de Occidente, en lo más granado de sus creaciones, se deja rastrear con facilidad. No obstante, jamás fue tan nítida, nunca llegaron ni llegarán a ser tan actuales sus consecuencias. El fragor del deseo es equivalente a las llamaradas incesantes que son, en definitiva, el universo, los espasmos y los gemidos que acompañan al coito se asemejan a los que estremece al cuerpo en trance de morir, la procreación, una de los múltiples resultados a los que conduce la sexualidad, constituye, para la persona, una dimensión nueva e inhabitada, afín a la que se ve reducido quien tiene sus horas contadas. La metáfora, conviene repetirlo, es fecunda y digna de ulterior desarrollo y culminación.

Poco queda decir ya. No hay muchos méritos que reconocer, y si los hubiera, han pasado desapercibidos a la grosera inteligencia del reseñador, pero permanecen sin duda en el libro comentado, obra que concluye animando al lector o al investigador a poner de manifiesto el propio sistema filosófico de Heráclito, oculto para Palau mas evidente en las pocas palabras que perduran del primero. Es un estímulo definitivo que invita menos a profundizar en el pensamiento del presocrático que a perseverar en la especulación como tarea existencial, cuya principal virtud estriba en demostrar la vigencia de algunos o, incluso, todos sus planteamientos. Una sospecha que –lo creo indudablemente- alentó al autor catalán cuando escribía las páginas cuya reseña concluyo.

Juan Manuel Checa
Seminario de Filosofía Política
Universidad de Barcelona